

1 Trilogía de Santa Manuela

SYLVIA HERRERO

Cómo casarse en Santa Manuela



Sylvia Herrero

Cómo casarse
en Santa Manuela

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Sylvia Herrero, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición: julio de 2020
Depósito legal: B. 10.049-2020
ISBN: 978-84-08-22792-2
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Rodesa
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

CAPÍTULO 1

EL ORIGEN DE TODO

Los momentos más importantes de la vida suelen pillarte por sorpresa... Y con el pelo sucio. «Voy de cabeza a la ducha», pensaba Lola mientras cerraba el último cuaderno que había corregido. Hacía más de dos horas que habían terminado las clases y ella aún seguía en el aula del pequeño colegio de Santa Manuela de Val. Llevaba tres años al frente de la escuela de su pueblo. Tenía a su cargo a dieciséis niños de infantil y primaria, todo un récord cuando en las localidades de la zona los coles estaban cerrando.

«Mañana más». Acercó la silla a la mesa y se puso el abrigo sin prisa, mientras tenía la mirada perdida en los murales de Sociales que estaban colgados al final de la clase. Los habían hecho los tres mayores. «Los echaré de menos cuando a partir de septiembre vayan a estudiar a Jaca». Por un momento, sus ojos de color avellana brillaron un poquito, pero logró contener la emoción. «Vamos, Lola, todos los años se marcha alguno. Tienes que acostumbrarte». Ella también había dejado aquella aula cuando cumplió doce años, solo que entonces el proceso le pareció emocionante: salir del valle, conocer gente, hacerse mayor. En aquel momento ya casi había alcanzado el metro sesenta de su edad adulta, pero interiormente todavía estaba a medio hacer. Tampoco imaginaba que el camino de vuelta al pueblo se desdibujaba para muchos al otro lado de las montañas.

Comenzaba a hacerse tarde. Hacía rato que había ano-

checido. Lola se inclinó un poco sobre la silla para alcanzar el interior de su bolso y sacar el bote de crema que solía llevar siempre. Tenía la piel muy blanca, muy sensible, y se le irritaba con facilidad. Por eso, cuando notaba que las mejillas le empezaban a hormigear, se aplicaba una capa en la cara y el exceso lo extendía por sus manos. La rojez bajaba al instante y la tristeza, también. Le daba paz.

En estas andaba cuando alguien llamó a la puerta. «A ver quién se ha dejado el estuche esta vez», pensaba entre resignada y divertida mientras las puntas de su melena Bob se agitaban rozando sus hombros con gracia mientras se acercaba a abrir. Giró el pomo y, para su asombro, lo que encontró fue un sobre en el suelo. Grandote, acolchado. «¿Cómo?». Miró a un lado y a otro del pequeño porche del colegio, pero no vio a nadie. «Bueno, pues vamos a ver de qué se trata». Con cuidado, pasó un dedo bajo la solapa y fue rasgando el cierre. «Es muy ligero». No podía pesar cuando lo que había dentro era un folio con unas coordenadas. Sin más. Lola levantó la vista sorprendida. ¿De qué iba aquello? Lo entendió de golpe. Poco antes de Navidad, su compañera y ella habían enseñado a los chavales a utilizar el GPS. Fue una dinámica para que entendieran los conceptos de latitud y longitud. Era lo bueno de tener tan pocos alumnos: la enseñanza siempre admitía más juegos. Y como tal se tomó esa entrega inesperada. Podía imaginarse la carita de los críos observándola escondidos a la salida de la escuela. No los iba a decepcionar.

«¡Vamos allá!», dijo con energía. Siempre era un placer ver cómo los niños interiorizaban los contenidos y los incluían en su día a día. Sacó el móvil e introdujo los dígitos en la aplicación de GPS. El punto indicado estaba a apenas un kilómetro. No le sonaba que hubiera nada por allí.

Echó a andar entre los montones blancos que había dejado la nevada de la noche anterior mientras se subía el cuello del abrigo. Aquel invierno estaba siendo helador en el Pirineo aragonés. «Lucas se va a hartar de reír cuando se lo

cuenta». Lucas. La relación entre el veterinario y la maestra había animado los corrillos de conversación de Santa Manuela durante un tiempo. Se conocían desde niños. Antes de compartir clase en el colegio de Santa Manuela, los juegos ya los habían reunido en diferentes escenarios del pueblo. Los columpios, el bar, los baños estivales en el río. La plaza durante las verbenas. Ambos pertenecían a la pandilla que se formó en los asientos de atrás del autobús escolar que los llevaba al instituto y que seguía tan unida como entonces. Era normal ver juntos a Lola y a Lucas, así que a las lenguas viperinas del pueblo les costó percatarse de que estaban más cercanos de lo normal. No obstante, su noviazgo fue muy bien recibido en Santa Manuela: una relación entre vecinos solía sugerir mantener el censo, algo muy importante cuando la despoblación planeaba sobre las montañas de la zona.

La pantalla del teléfono indicaba que estaba a cien metros de su destino. No podía negar que comenzaba a sentir un cosquilleo en el estómago. Ella era la que organizaba sorpresas para los demás, pero no quien las recibía. No tenía costumbre de estar en el papel del sorprendido, pero tuvo que reconocer que comenzaba a sentirse bien en él. Poco más pudo pensar. Un resplandor llamó su atención. «¿Qué es eso?». Abandonó la carretera y giró con curiosidad hacia un camino que llevaba monte arriba por una pista forestal. A medida que ascendía, comenzó a notar un aroma mezcla de cera y pinos silvestres. «Esto no es normal. Aquí no ha oído así en la vida». Y ese fue el último instante en que permaneció tranquila. Su objetivo apareció detrás de los destellos que había visto. Notó cómo las piernas se le doblaban. Entre los árboles fue dibujándose poco a poco una preciosa casa de madera con velitas encendidas en la puerta y en las ventanas. «¿Y esto?». Atónita, comprobó que aquel era el lugar que indicaba el GPS. «Pues sí: es aquí».

Fue entonces cuando Lucas salió de la vivienda con la mejor de sus sonrisas. Caminaba de forma elegante; con su

percha, era sencillo. Su 1,93 lo convertía en el más alto del grupo. Llevaba los vaqueros ajustados y la camisa de cuadros azules de franela que ella le había regalado en Navidad. «Dice que le pica, pero sabe que me encanta». No era fácil de llevar, aunque su generoso perímetro torácico contribuía a que la prenda se vendiera bien. Estaba oscuro, pero Lola vio sus rizos grandes y zaínos brillar más que nunca. Sería la luna.

Se acercó hasta ella ajustándose sus sempiternas gafas negras rectangulares y sin dejar de mirarla a los ojos, la cogió de la mano y la llevó hacia el porche. Ella agradeció el cálido contacto. Estaba helada.

—Pero ¿qué...?

Un dedo en los labios la obligó a callar mientras se sentaban en los escalones de la entrada. Entonces fue Lucas el que tomó la palabra sin soltarle las manos. Se aclaró la voz. «Eso lo hace cuando está nervioso —pensó Lola—. No irá a...». Y en ese momento, la chica supo lo que iba a pasar.

—Sé que no llevamos mucho tiempo juntos. Soy consciente de que no soy perfecto y de que tú tampoco, pero también sé que estos meses a tu lado han sido los mejores de mi vida.

Los músculos de Lola se habían tensado. Sentía una mezcla de emoción inmensa por lo que estaba viviendo ella y de agobio absoluto por Lucas. «Con lo que le cuesta decir lo que siente, lo debe de estar pasando mal». Quería que aquello terminara rápido y al mismo tiempo que no acabara nunca.

Girando la mano derecha sobre sí misma, en un movimiento de mago de esos que tanto le gustaban a Lucas, sacó un solitario de diamantes ante la fascinada mirada de Lola.

—Cásate conmigo. Cásate con nosotros, quiero decir —dijo señalando la construcción.

«¡Oh, Dios mío! ¡Lo está haciendo! ¡Lo está haciendo!». Lola notó cómo la sangre se le aceleraba. Por un momento

sintió que las venas le iban a estallar. Había imaginado aquel momento de mil formas distintas, pero nunca así. Parecía imposible, pero estaba pasando.

—No la están construyendo para ningún matrimonio belga enamorado de los Pirineos. Les pedí a los albañiles que dijeran eso a quienes preguntaran para que no sospecharas nada. El encargo lo hice yo. Espero que esté a tu gusto.

Lola miró hacia la casa. Tenía todo lo que podía pedirle a una vivienda: dos plantas, jardín, un porche amplio con barbacoa. Estaba revestida en piedra y tenía tejado de pizarra. La carpintería era de madera marrón. «Por eso me enseñaba tantas fotos de casas: para conocer mis gustos». La maestra iba atando cabos mientras escuchaba las palabras de Lucas, firmes, sólidas, suaves. Como sus besos.

—Tendremos hipoteca el resto de nuestra vida, pero... Bueno, ¿qué me contestas? —preguntó el joven con una sonrisa esperanzada en los labios.

Ni siquiera tuvo que pensarlo. Jamás había dicho un sí tan rotundo. Los dos jóvenes se fundieron en un abrazo que hablaba de futuro, de familia y de sueños compartidos.

Lola y Lucas habían sido simplemente amigos hasta año y medio atrás. Su historia había comenzado como suelen comenzar estas cosas: por casualidad. La noche de San Juan tenía mucho arraigo en las localidades del norte de Huesca. Los amigos de la pareja, siete jóvenes próximos a la treintena que habían crecido con ellos en Santa Manuela, no se perdían las fallas, unos festejos organizados por varios pueblos para esa fecha y que tenían como protagonistas antorchas ardiendo. Declaradas por la Unesco Patrimonio Inmaterial de la Humanidad, sesenta localidades del Pirineo español, andorrano y francés preparaban sus fallas, cada una con sus peculiaridades, pero con un nexo común: el fuego. Cuando caía el sol, en algunos valles se hacían carreras con teas en-

cendidas por la montaña; en otros, danzas con las llamas. El caso era festejar el solsticio de verano como se hacen las cosas en el Pirineo: como siempre.

Los amigos de Santa Manuela se habían acercado en otras ocasiones a conocer las fallas de localidades como Montanuy, San Juan de Plan, Bonansa, Castanesa o Laspaúles. Aquel año, querían ver *les falles de Saúnc*, que es como se conoce en el valle de Benasque a las de Sahún. Eran de las más espectaculares, pero eso no consiguió llenar el coche de los valinos, el gentilicio con el que se designaba a los habitantes de Santa Manuela de Val. Al final, por una cosa o por otra, Lola y Lucas terminaron yendo solos.

Les tocó aparcar bastante lejos. El parking del barranco ya estaba vacío y acordonado por los bomberos para el acto.

—¿Te apetece sentarte en la hierba o prefieres verlas de pie, tras la valla? Lo que quieras —preguntó el veterinario a su amiga mientras sacaba del maletero la bolsa de los bocadillos.

—Mejor sentados. Si no, veremos solo las que tengamos delante.

—Vale. Me parece bien.

La localidad ribagorzana no llegaba a trescientos habitantes, pero esa noche la ladera que hay frente al improvisado escenario solía estar a rebosar. Si alguien se hubiera molestado en contar a los allí presentes, hubiera podido llegar al millar. Pero nadie contaba desde el momento en que los sahunenses comenzaban a correr cuesta abajo con sus antorchas prendidas. Unas antorchas que preparaban de forma artesanal en cada casa.

Aquella noche, salieron primero los niños con las más pequeñas. Luego, los mayores con algunas de casi un metro. Al final de la cuesta, la plaza del barranco reunió a los que terminaban el recorrido y volteaban sus fallas formando círculos sobre sus cabezas, inmensas bolas de fuego flotando en la fría noche montañesa. Un espectáculo tan ancestral como espectacular.

Los giros se producían a tal velocidad que, a veces, las *purnas*, las chispas que desprendían las antorchas, salían despedidas hacia el público. Uno de esos trocitos de madera se precipitó a escasos centímetros del rostro de Lola. La joven se asustó, pero consiguió esquivar la trayectoria del rústico proyectil agarrándose a Lucas. Él trató de protegerla atrayéndola hacia sí. Cuando quisieron darse cuenta, estaban abrazados. Durante unos instantes no se movieron. Nunca antes habían estado así. Tan cerca, tan juntos, tan íntimos. Ni uno ni otra se sintieron mal. Al contrario. Lola agradeció la calidez del pecho de Lucas, le resultó acogedor. Lucas jamás había visto los ojos de Lola a tres dedos de distancia. No se había dado cuenta de lo largas que eran sus pestañas o de las diminutas pequitas que tenía en las mejillas. Y tampoco se había imaginado que le hubiera gustado quedarse mirándola toda la noche.

—¡Uy, perdona! ¿Te he hecho daño? —preguntó ella mientras volvía a recuperar su posición.

—¡No, mujer! No ha sido nada.

Pero sí había sido. Aunque no llegaron a besarse, todo había cambiado ya. El fuego de San Juan se llevó por delante a los niños que años atrás tiraban piedras al río. Los dos arrieron junto a la madera de avellano y abedul de las fallas de Sahún. Quienes regresaron a casa conduciendo en silencio fueron dos adultos que se acababan de descubrir.

La noche de San Juan los cambió, pero no les hizo abordar lo ocurrido. Ninguno se planteó buscar respuestas, arriesgar, saber si el otro había sentido lo mismo. La amistad era demasiado estrecha. El miedo, demasiado grande. Tal vez era mejor conservar lo que tenían que ir a por todo y quedarse sin nada. En cualquier caso, ambos notaron una conexión que no habían sentido antes entre ellos y que asomaba la patita en las reuniones de grupo, cuando sus miradas se encontraban tras buscarse en la distancia.

Con la llegada del verano, los amigos que vivían fuera

regresaban al pueblo. Una de ellas era Alicia, que trabajaba en un despacho de abogados en Valencia. A la chica le encantaba caminar por los alrededores del pueblo y Lola se unía en ocasiones a sus caminatas. Durante uno de esos paseos, la maestra no pudo más y le habló a su amiga de sus sentimientos.

—Me encanta Lucas —planteó a quemarropa.

—¿Qué Lucas? ¿Nuestro Lucas? —preguntó la abogada con extrañeza.

—Sí. No es feo —se justificó Lola.

—¡Ni guapo! Es... Lucas —resolvió Ali zanjando el tema con aquella naturalidad que la caracterizaba.

La relación de aquellos amigos era así. Prácticamente de hermanos. La posibilidad de que surgiera entre ellos un plan diferente a las partidas de guiñote en el bar o a los paseos por el monte les resultaba divertido. De hecho, Fran, el economista que solo dejaba Londres en vacaciones, terminó por olerse algo una tarde en la que todos fueron a bañarse al río que pasa junto a Santa Manuela.

Hacía bastante calor. Junto a la orilla, Lola se recogía el pelo en una coleta. La maestra iba juntando mechones con la mano con un movimiento que a Lucas le pareció hipnótico. Tanto que se quedó parado mirándola. Ni se movía. Y de pronto se escuchó pensando: «Yo también te acariciaría el pelo. Mechón a mechón. Despacio. Durante horas. Mientras tú cierras los ojos». Ella comenzó a andar entre las piedras para llegar a la poza. Las gotas de agua que salpicaban sus pasos empezaron a resbalar por sus muslos. A Lucas le pareció una imagen tremendamente sensual. Podía imaginarse fundiendo las frías aguas del río en el calor del cuerpo de su amiga. Pensaba en cómo quebraría las gotas con sus dedos y en cómo el agua mezclaría la piel de Lola con sus manos. «Y luego ir resbalando hasta tu cintura».

Sería porque su expresión era muy evidente, o quizá porque lo conocía demasiado bien, pero sus ensoñaciones no pasaron inadvertidas para Fran.

—¿Nos gusta Lolita o qué? —preguntó con intención, pillando a Lucas desprevenido.

—No, ¿por? —contestó a la defensiva.

«¿Por qué lo dice? ¿Tanto se me nota?», pensó preocupado.

—Porque le vas a soltar el bikini de tanto mirarla, ¡salido! —respondió Fran palmeándole la espalda.

Con la llegada de septiembre, Alicia, Cosme, Sofía y Fran regresaron a sus ciudades. Solo Lucho, Raquel, Florita y ellos dos se quedaron en Santa Manuela. «A ver si ahora...». Lucas tuvo pronto una oportunidad. Lola estaba preparando la programación del nuevo curso cuando encontró en el trastero del colegio unas latas de pintura. «Podía darle una manita a esto —pensó—. Animaría un poco a mis niños». Y ahí se presentó Lucas, con su escalera, su mango extensible para brochas y la mejor de las disposiciones. Dos días estuvieron pintando. Dos días sin dejar de reír, pero sin avanzar en lo suyo.

Cuando quisieron darse cuenta, faltaban pocos días para el 10 de diciembre. Tenían encima las fiestas de Santa Eulalia, en Berdún, uno de los básicos en el calendario festivo de los valinos. Los cinco amigos no se las perdieron. Dieron un paseo por el pueblo y se sentaron a cenar. Después acudieron a la verbena. Al llegar, se hicieron una foto de grupo.

—Cuélgala en el grupo de WhatsApp. Que la vean los demás —pidió Lola a Lucho.

Luego, ella y Lucas fueron a pedir a la barra y el resto empezó a buscar un sitio donde poder bailar tranquilos.

—Un litro de vodka con limón y otro de cerveza, por favor —demandó Lucas al camarero.

Lola se abalanzó sobre el combinado en cuanto se lo sirvieron y le dio un buen trago. A pesar del frío, entraba bien.

—¿Me dejas probar?

—¡Claro! —dijo Lola tendiéndole el vaso.

Él prefirió beber directamente de su boca. El beso pilló a Lola por sorpresa, pero no a contrapié. Supo reaccionar con

rapidez y le costó poco agarrarse a su cuello. Fue un contacto más largo de lo previsto: los dos buscaron prolongarlo. Primero, por la ansiedad propia del que consigue. Después, porque les daba vergüenza la primera mirada tras haberse quitado por fin las caretas. Con los labios ya tumefactos, Lola vio en los ojos de Lucas que el amigo había dejado paso al amante. No había vuelta atrás.

Lola no recordaba a qué hora había vuelto a casa tras la petición de mano, pero a la mañana siguiente salió de su domicilio antes de lo habitual para pasarse por casa de su mejor amiga. Le había costado conciliar el sueño. El anillo le quemaba en el dedo y no quería esperar para hacer partícipe a Florita de la gran noticia. Habían imaginado ese momento juntas tantas veces como chicos habían pasado por sus vidas. El lugar, el vestido, las flores... Dibujar aquella ocasión les había permitido soñar muchas tardes de verano mientras comían pipas en los columpios del parque. Con el tiempo, aprendieron a enfocar cada ruptura como una oportunidad para planear todo de nuevo. Ahora, casi sin saber cómo, el momento de Lola había llegado.

—¡¡Me caso, Flori, me casooo!!

Florita era de despertares lentos y abrió la puerta con el pantalón del pijama asomando bajo la bata. No dijo ni buenos días. No le dio tiempo.

Mientras su amiga gritaba con las manos en la cara, Lola se abrazó a ella gritando también.

—¡El anillo! ¡Quiero ver el anillo! —decía Florita acercando la mano de Lola a dos centímetros de su cara.

—¡Diamante! ¡Lo que siempre quisimos, Flori!

—¡Dios mío! ¡Es precioso! ¡Me alegro tanto!

Las dos amigas comenzaron a saltar entusiasmadas. Se les hacía tarde, había que ir a trabajar, pero quedaron en verse después de comer, en el bar, y contarse todo.

—Queda con Raquel, pero no le digas nada de esto.

El grupo de íntimas lo formaban cinco. Además de ellas dos, estaba Raquel, la hija del carnicero; era higienista dental y se desplazaba cada mañana a Jaca para trabajar en una clínica. A Raquel le gustaba cruzar las líneas estéticas convencionales; así, frente a los peinados canónicos de sus amigas, ella llevaba tiempo luciendo transgresores cortes a lo *garçon* que ponían en valor el escaso volumen de su cabellera rubia clara. «Ha sacado el pelo de rata de su casa», comentaban sobre ella las vecinas mayores. El lote genético de su familia paterna incluía también una silueta espigada y atlética que durante su infancia no convencía a unos mayores acostumbrados a volúmenes femeninos más generosos. «Se cría como la vara de la doctrina, da pena verla». Pero a Raquel no le importaban los comentarios. Ella hacía gala de los rasgos que hablaban de raíces familiares procedentes de la vecina región francesa del Bearn. Eso, y que su ADN tenía además un punto vanguardista que miraba a Europa frente a las miradas al ombligo predominantes a su alrededor.

También las que habían nacido en el pueblo pero residían fuera formaban parte de ese círculo reducido; las dos bellezas del pueblo. Alicia, que vivía en Valencia desde que acabó Derecho, lucía todo el año un envidiable tono de piel dorado. A diferencia de Raquel, sus rasgos eran muy raciales y su carácter, muy ibérico. Tenía la bravura y la nobleza de los miuras, lo que la había hecho ascender en su bufete y descender entre los afectos de los jueces.

Por su parte, el apartamento madrileño de Sofía estaba plagado de fotos del valle. Era familiar y montañesa por los cuatro costados. Licenciada en Periodismo, escribía para el suplemento dominical de *El Global*, un diario de tirada nacional. Su trabajo era impecable. Cuando su astucia no lograba cerrar una entrevista, tiraba del efecto que causaban sus ojos verdes en el interlocutor. Seductores para ellos. Amistosos para ellas. Siempre letales.

Una y otra eran dos apasionadas de sus respectivas profesiones y no contemplaban la posibilidad de volver a empadronarse en el pueblo a medio plazo; tal vez por eso, valoraban sobremanera el tiempo compartido junto a sus amigos. Cada minuto valía oro. Valía una vida: la que dejaron al salir del pueblo entre los pinos que crecían junto a la carretera.

—Tranquila, Lola. La cito para un café rápido antes de volver al trabajo. No sospechará.

Lola y Florita pasaron el día mirando el reloj. Para la novia en ciernes, contar lo que había vivido la noche anterior suponía volver a saborear el momento. Para Florita, poder vivirlo.

A las dos y cuarto de la tarde estaban ya pidiéndole capuchinos a Marisa, la encargada del bar de Santa Manuela.

—¿Algún licor, chicas?

—Pacharán, por favor. Grande, ¿no? —les preguntó Raquel desde la barra.

Lola y Florita asintieron. Cuando la rubia se giró para regresar a la mesa, la maestra tenía la mano extendida hacia ella.

—¿Eso es...?

—¡Es! Me lo pidió ayer.

—¡No me lo puedo creer! ¡Lucas hincando rodilla! ¡Ven aquí, Lola!

Las dos amigas se abrazaron en medio del bar.

—No soy de las que se casan, pero sé que esto te hace mucha ilusión, así que me alegro mucho, guapa —dijo Raquel besándola en la mejilla.

—¡Gracias!

Antes de que el café comenzara a llenar las tazas, Lola ya había iniciado su relato.

—Hija, te pondrías a llorar, ¿no? —dijo Florita.

Ella no era de las que se conformaba con los titulares, que-

ría detalles. Las dos habían crecido en Santa Manuela, y aunque todos los chicos de edades aproximadas habían hecho pandilla, entre ellas había existido siempre un vínculo mucho más estrecho. Los demás podían celebrar la noticia, pero para Florita aquello era tan maravilloso como si le hubiera pasado a ella.

—No creas, me quedé tan sorprendida que me bloqueé.

—Pues si un galán como Lucas me dijera esas cosas, yo no llegaba a la segunda frase sin soltar el lagrimón, ¡vamos!
—dijo Florita.

—Oye, ¿y la casa cómo es? —preguntó Raquel dando un sorbo a su café—. Como se suponía que era para unos turistas, no presté mucha atención a las obras.

Lola cerró los ojos.

—Di-vi-na. Es de dos plantas, aunque tampoco tiene muchos metros, no creas.

—Mejor, menos que limpiar —bromeó la chica.

—Tres habitaciones, un baño por piso, un salón muy grande... Bueno, mejor venís un día y os la enseño.

—¡Desde luego! De la visita no te libras, chata —avanzó Florita.

Lola estaba exultante. Ahí estaba, hablando de su casa, de su compromiso. Una nueva vida se abría ante sus ojos y ella no podía recibirla con más entusiasmo.

—Me hace tanta ilusión todo esto, chicas...

—Normal —dijo Raquel mientras le cogía la mano y se la acariciaba.

«Ayyy, Lola. ¿De verdad te vas a casar habiéndote acostado solo con Lucas?», pensaba en realidad Raquel con cierta tristeza. Mientras que Lola y Florita necesitaban otear amor eterno a la vista para besar a un chico, Raquel no se complacía tanto. Para ella primaban las experiencias interesantes sobre las promesas, el buen sexo sobre la lírica fácil. No era sencillo; seleccionaba mucho a sus compañeros de juego, pero, cuando encontraba a alguno en su misma onda, disfru-

taba sobremanera. No obstante, su lado romántico terminaba saliendo a flote en circunstancias de ese tipo.

—No puedo creerme lo que estoy viviendo. Lo veía allí arrodillado con el anillo, y pensaba que estaba viendo una película, que aquello no me podía estar pasando a mí.

—¡Claro que te puede pasar, bobita! ¡Te lo mereces! ¡Y la cara que van a poner tres o cuatro cuando se enteren, lo mejor! —exclamó Raquel guiñando un ojo a sus amigas.

—Bueno, eso me da igual.

—Pues a mí no. ¡Que revienten las envidiosas! —siguió diciendo la más joven del grupo.

Las tres amigas comenzaron a reír de buena gana ante la mirada de los jugadores de mus de la mesa de al lado.

—Oye, pero este chico tuvo que encargar la casa hace mucho. ¡Vamos, que debió darte el primer beso y llamar a los albañiles! —calculó Florita.

—¡Casi casi! —se sonrojó Lola.

—¿Y para cuándo tenéis pensado que sea la boda? —dijo Raquel pensando ya en el modelito que podía llevar.

—No sé. Posiblemente hacia mayo o junio. Lo que nos cueste amueblar un poco la casa.

—Bueno, ¿y qué han dicho tus padres? —preguntó Flori.

—¡Se han quedado en coma! No se esperaban que fuera tan pronto.

—Sinceramente, yo tampoco —respondió Raquel.

—Están felices. Les da pena que me vaya, pero bueno... Algún día tenía que ser. En fin, que esta noche iremos todos a casa de Lucas a comentar.

En aquel punto, Lola levantó la copa de licor.

—Nenas, tenemos una boda que organizar. ¡Aquí comienza la etapa más emocionante de nuestras vidas!

Santa Manuela de Val era un pueblecito pirenaico de poco más de setecientos habitantes. En la localidad se respi-

raba un ambiente familiar, se conocían desde hacía generaciones y compartían genes y apellidos, chismes y aperos domésticos.

Pese a estar bastante cerca de una importante estación de esquí, habían conseguido que el turismo no arrasara el pueblo. Ser la última población del valle había ayudado a que conservara su identidad; que se hubiera construido una urbanización próxima a las pistas para alojar a los esquiadores en hoteles y segundas residencias, también. Aun así, aunque seguía habiendo abundante ganadería, la principal fuente de ingresos de los valinos era la nieve. A los niños se les enseñaba a esquiar en la clase de Educación Física para ir introduciéndolos en el círculo económico local. La mayoría comenzaba siendo profesor de esquí. Muchos salían del pueblo para ir a la universidad y regresaban en cuanto terminaban para abrir su propio negocio aprovechando el tirón de la estación invernal; era la mejor forma de quedarse en el pueblo. El flujo económico que generaba la nieve también alimentaba toda una serie de servicios auxiliares, algo que abría el abanico profesional de los residentes. Y había algo más. El cambio climático hacía más imprecisa la duración de las temporadas, por lo que algunos vecinos habían comenzado a diversificar el origen de sus ingresos. Aunque el turismo seguía siendo el objetivo, algunos habían empezado a poner la mirada en sectores como las bicis de montaña o el turismo micológico.

Lucas y Lola también salieron del valle para volver. Lola fue a Zaragoza y Lucas, a Madrid. Educación y Veterinaria. Durante aquellos años apenas si se vieron unos pocos días durante las fiestas. Al terminar la carrera, él se quedó en la Villa y Corte haciendo prácticas. Quería volver a casa, pero no tenía prisa. El momento llegó un par de años más tarde.

La consulta del veterinario del valle estaba situada en una de las entradas del pueblo, junto a la carretera. Tenía una planta. Lucas había pasado muchas tardes de su infancia estrellando

la pelota contra su pared de piedra. Años después, Valeriano le permitió acompañarle durante sus vacaciones para que conociera la dinámica de los veterinarios rurales. Y le apasionó. Así que cuando el titular le ofreció su plaza al jubilarse, Lucas no lo dudó. Aquel edificio pequeño y espartano, necesitado de actualización, ya formaba parte de él.

Entretanto, Lola se presentó a las oposiciones para profesores de primaria y recorrió como interina varios destinos de la comunidad cubriendo suplencias. En pocos años obtuvo plaza y pudo hacerse con la titularidad de un destino poco solicitado como era su pueblo. La vida había vuelto a reunirlos. El fuego de San Juan les hizo descubrir en el otro al compañero que andaban buscando. Ambos eran los más tradicionales, los que supeditaron sus intereses laborales a la permanencia en Santa Manuela. El dibujo salió solo.

La pandilla tenía tres grupos de WhatsApp: el de chicos, el de chicas y el común. Sus usuarios se decantaban por uno u otro en función del tratamiento que fueran a darle a una información. Como estaba al tanto de la reunión de Lola con sus amigas, Lucas zanjó el anuncio del compromiso con un mensaje en el grupo de los chicos.

Me caso con Lola.

Enhorabuena

Enhorabuena

Enhorabuena

No hizo falta más. En el grupo de las chicas, la cosa terminó esa tarde con conexiones simultáneas por Skype con las que vivían fuera. Así, hablaron con ellas mediante dos *tablets* colocadas de refilón entre sí y frente a las tres amigas.

—Sofí, Ali, ¿escucháis bien? —preguntó Florita.

—¡Flo, quita del medio, que quiero ver el pedrusco! —gritó Alicia.

La economista se retiró del campo de visión de las *tablets* y Lola se adelantó.

—Mira qué maravilla —mostró con los ojos resplandecientes.

Era un solitario de oro blanco con un diamante talla brillante. Para Lola, aquello le gritaba al mundo que había alguien que quería pasar el resto de su vida con ella. Y esto le encantaba. Sofí, en cambio, se encontraba en ese momento muy lejos de dar un paso así. No obstante, tuvo que reconocer que la joya era preciosa.

—¡Me encanta! Es muy discreto. Perfecto para el día a día. Los aparatosos tienen que ser un incordio.

—Sí, ha elegido muy bien —dijo Lola—. Tiene mucho gusto.

—Bueno, no te vengas arriba —clamó Alicia desde su pantalla mientras levantaba la mano—. Estamos hablando de Lucas. Eso lo ha elegido la dependienta. Como si lo viera. Él le habrá dicho que quería un anillo de compromiso, ella le enseñaría ese y el otro sacó la tarjeta. Fin de la compra.

Lola era la más tradicional de todas las amigas. No es que el matrimonio figurara entre sus principales aspiraciones, pero para ella casarse suponía cumplir un sueño. Y en su sueño, Lucas había invertido tiempo pensando qué anillo podría gustarle, y después, buscándolo por mil tiendas. Posiblemente, Alicia estuviera en lo cierto, pero ella no estaba dispuesta a considerar esa opción.

—¿Preparada para ponerte la alianza también? —preguntó Sofía.

—¡Lista! No puedo estar más feliz.

—¡La primera boda del grupo! Me hace mucha ilusión —confesó Alicia.

—Oye, como sois amigos los dos, ¿hay que haceros regalo doble o qué? —preguntó Raquel ante las risas del resto.

—Con que vengáis, me conformo. No hay mejor regalo que casarse con los amigos cerca.

—Pues cuenta con ello —dijo Sofi.

—Ni lo dudes —corroboró Alicia.

Raquel asintió sin mucha convicción. Por supuesto estaría en la boda de sus amigos con la mejor de sus sonrisas, pero tenía que reconocer que aquello se le escapaba. Tal vez porque alguien no le prestaba la atención que ella quisiera.

La noticia de la boda corrió como la pólvora por todo el pueblo.

—¡Que viene, que viene!

Los alumnos de Lola la recibieron en clase con un aplauso, risas nerviosas y un enorme «ENORABUENA», sin hache, escrito en la pizarra.

—Pero ¿cómo os habéis enterado, pequeñuelos? —preguntó emocionada.

En un lugar tan pequeño como Santa Manuela, el aula se extendía fuera de los muros de la escuela. El trato era mucho más directo que en las escuelas urbanas, ya que todos formaban parte de la misma comunidad. Profesores y alumnos no solo se encontraban permanentemente en los espacios comunes del pueblo, sino que a menudo tenían lazos de sangre. Así, el rol educativo solía prolongarse más allá del viernes e incluso después de que los estudiantes terminaran su etapa formativa en la localidad.

—Hay cosas que no hace falta contar, señorita —respondió Jorge haciéndose el interesante.

Su compañera, Bea, rompió el misterio del pequeño enteradillo:

—¡Te lo ha dicho la cotilla de tu tía Mila, que anoche vio que Lola volvía a casa con el anillo! ¡He oído cómo te lo decía!

—¡Pero si llevaba guantes! —se sorprendió Lola.

—Nunca subestime a mi tía, señorita.

Su tía Mila, la madre de Alicia. Esa mirada enmarcada entre dos gruesas líneas de lápiz *khol* azul a la que no se le escapaba nada en 15 kilómetros a la redonda. Desde que Alicia se fue a Valencia, la casa se le caía encima. Y lo estaban pagando sus vecinos.

Patrullaba las calles de sol a sol. Escaneaba a todo aquel que se cruzaba con ella. Era capaz de distinguir tres tonos de rubor de mejillas y cuatro tamaños de pelusas en la ropa. No le importaba hacer la pregunta impertinente en cualquier conversación. Lo importante era lo importante: saber.

—Deberíamos haber traído una tarta.

—¡Dori, no fastidies, que juego al mus con Miguel desde que tenemos bigote! Que esto no es una boda del *¡Hola!* Venimos a tomar café porque les hace ilusión a los chicos, pero no hace falta tanto rollo.

—Oye, que se casa mi hija y quiero hacer las cosas bien.

—Venga, tranquilos los dos —zanjó Lola.

Su padre masculló algo ininteligible mientras se acercaban a casa de Lucas. Ni llamó a la puerta. Entró directamente. Llevaba sesenta años haciéndolo de esa forma y no pensaba cambiar ahora.

—¡Miiigueeeeeel!

—¡Suuuubiiid! —contestó Miguel desde el piso de arriba. Mariano se giró hacia su mujer y su hija.

—¿Lo veis? ¿Para qué tanta mandanga?

Su mujer suspiró. Lola no pudo evitar esbozar una sonrisa. Las dos familias tenían amistad desde hacía años. Les había hecho ilusión que sus hijos comenzaran a salir y más les hacía ahora emparentar legalmente. Tener nietos a medias. Compartir las cenas de Nochebuena, los bautizos, las comuniones. En cualquier caso, unos y otras lo exteriorizaban de forma

muy diferente. Mientras Mariano y Miguel lo asumían como algo natural a lo que no había que dar más vueltas —«Si no hubiera sido con Lucas, hubiera sido con otro del pueblo», había comentado Mariano en alguna ocasión—, las madres de la pareja no querían privarse del aura especial de aquel momento. Dorita estrenaba jersey y Presen se había retocado el tinte esa misma tarde. «¡Verás como no se me va a tiempo el roncho de la frente!». Era un encuentro informal, pero no todos los días se era la madre de la novia. Presen lamentó haberse dejado influenciar por su marido y no haberse cambiado los vaqueros. «Y el vestido burdeos en el armario», pensó.

Las dos familias discutían sobre la idoneidad de hacer una boda de mañana o de tarde.

—Chico, de mañana luce más todo —decía Dorita buscando, y encontrando, la mirada cómplice de Presen. Los señores iban por otros derroteros.

—Y de mañana pagas comida, merienda, cena y recena. Por no hablar de las horas del pinchadiscos, que directamente se puede quedar a vivir con nosotros —argumentaba Mariano.

—Se paga lo que haya que pagar, que total es una vez en la vida —contratacaba Presen.

Su marido saltó como un resorte.

—¡Qué fácil lo ves tú todo!

Lola y Lucas se miraban divertidos mientras los escuchaban hablar. Los meses que faltaban hasta la boda prometían grandes momentos.

Desde que el pueblo tenía memoria, los habitantes de Santa Manuela, y del Pirineo en general, comerciaban con Francia. La cosa comenzó con el trueque de tejidos para los ajuares y siguió con el contrabando de productos y con la contratación de jornaleros españoles. Los valinos todavía seguían recibiendo a los comerciantes del otro lado de la frontera igual

que lo venían haciendo desde el siglo XVIII. Así, cada miércoles, un quesero de Laruns cruzaba la línea divisoria para ofrecer sus productos en Santa Manuela. No le hacía falta hacer sonar el claxon a su llegada. A eso de las once, sus parroquianos lo esperaban en la plaza. Se llamaba Sébastien, pero en el pueblo habían decidido castellanizar su nombre tiempo atrás.

—¿Qué tal, Sebastián?

—*Ça va bien, Dori.*

—¿Cómo va tu mujer? Estará a punto de dar a luz, ¿no?

—*Oui.* Cualquier día tendré que irme corriendo a casa.

—Venga, pues. Ponme uno curado.

—*Bien sûr!*

Y así, mitad en francés, mitad en español, se comunicaban semana tras semana. A cuenta de las innumerables visitas, Sébastien había terminado por conocer a todos.

—¿Sabes que Lola se casa? —dijo su madre.

—*Félicitations, Dori!* —exclamó el quesero con sonrisa sincera.

—Gracias, Sebastián. Estamos muy contentos.

—*Comment dit-on? Ehhh... Lucas?*

—Sí, sí. Con Lucas. El otro día nos reunimos con sus padres para empezar a hablar de la boda. No falta tanto, Sebastián —comentaba feliz y un poco nerviosa la madre de Lola.

Dorita había comprado un cuaderno de espiral con tapas rojas para apuntar todo lo que se le ocurriera sobre la boda, por ejemplo, la lista de sus invitados. Ella y la madre de Lucas convinieron en la importancia de no dejarse a nadie. «Se crean malentendidos innecesarios». En cualquier caso, tampoco iban a invitar al pueblo entero. Ni pensaban hipotecarse para pagar el convite, ni bajar el listón para llegar a todo el mundo. Eso sí, los vecinos que no estuvieran en su lista podrían disfrutar de un refrigerio que pagarían gustosamente y, por supuesto, acceder a la iglesia si querían. La hija de

Benavides había quedado fatal limitando su boda a los más allegados. «No sé qué se creía esa niña».

Cuando llevaba 43 personas apuntadas, se acordó de su prima Marcelina, que vivía en Suiza. «A estos hay que avisarlos los primeros, que tienen que organizar el viaje». Rápidamente sacó el listín telefónico y la llamó. No tenía una fecha que darle, pero quería decírselo y, ya de paso, charlar un rato.

Lola y Lucas se sumergieron de inmediato en los preparativos de su nueva vida. Habían ido un par de tardes a Jaca a elegir muebles para la casa que iban a compartir. Entre unas cosas y otras, tardarían varios meses en llevárselos a casa. Si querían tenerla lista para después de la boda, tenían que darse prisa en encargarlos. De momento, solo compraron los imprescindibles. A medida que vieran cómo iban quedando, irían añadiendo, o no, piezas a las estancias.

Pronto se dieron cuenta de que lo más bonito no era necesariamente lo más práctico para el día a día. Así, Lola tuvo que rechazar muchas de las ideas que aportaban los recortes de revistas de decoración que guardaba en una cajita. «Para cuando tenga mi casa». El sofá Chester era precioso, su favorito, pero también bastante incómodo para dormir una siesta, que era para lo que lo quería. Los manteles de hilo, inviables. «En cuanto les caiga la primera mancha potente, adiós». Sin duda, tendría que optar por los engomados que se limpiaban con un paño húmedo. Las puertas en blanco, poco amigas de las manitas infantiles. Ufff... Era más difícil de lo que pensaba. Menos mal que los baños y la cocina ya estaban montados de obra.

En cualquier caso, a una y otro les gustaba imaginar los momentos que iban a desarrollarse entre aquellos enseres. Las cenas de Navidad alrededor de la mesa del salón, los primeros pasos de sus hijos agarrados a las sillas. Muchas veces, se quedaban mirando un objeto y ambos sentían que se estaba haciendo hueco entre las páginas de su vida.

Si Lola tuviera que elegir una sola cosa de casa de sus padres, se quedaría, sin dudarlo, con el tarro de cerámica donde su madre guardaba los dulces que hacía con cierta frecuencia. Aquel recipiente significaba para ella olor a vainilla, quemaduras en la lengua por comerse una rosquilla antes de que se enfriara, paseos a hurtadillas para sustraer una galleta y sentir una vez más aquella explosión de sabor que surgía de la mezcla del cacao, el azúcar y la mantequilla. Así, Lola buscaba en cada compra un artículo con el que construir los recuerdos de la familia que estaban creando.

Aún no tenían fecha para la boda. Lucas estaba ocupado aquellos días y Lola quería hablarlo tranquilamente con él. Tampoco tenía muy claro el concepto de celebración. De pronto, recordó que tenía un par de suplementos de novias que habían venido junto a las revistas que solía comprar. Le costó dar con ellos, pero al final aparecieron. Página a página fueron desfilando ante ella vestidos divinos. Tules, organzas y sedas se combinaban de mil formas para ofrecer resultados fascinantes. «Debe ser increíble casarse llevando algo así». Lo que tenía claro era que Florita y su madre la acompañarían a la elección de su vestido.

Las fincas para celebraciones no le llamaron la atención. No dejaban de ofrecerle un entorno natural que ella ya tenía en el pueblo. Sin embargo, abrió mucho los ojos cuando vio un reportaje sobre una boda en un hotel de lujo muy próximo a Santa Manuela. Uno de los que formaba parte de la órbita de la estación de esquí, pero situado a la entrada del valle. «¿Y si celebrara la boda fuera del pueblo? Al fin y al cabo, estamos hablando de diez minutos en coche». En aquel momento, a Lola se le encendió la bombilla. Era viernes por la tarde. El sábado por la mañana podría ser un buen momento para acercarse al establecimiento a echar un ojo. «Y así Lucas puede venir a verlo».

Dicho y hecho. Llamó por teléfono y concertó una cita con la comercial. Llevaba desde niña deseando hacer ese tipo

de cosas. Se lo debía a sí misma. Quería disfrutar al máximo del proceso. ¿Por qué negarse de entrada una boda glamurosa? Había que recabar información y no descartar opciones. Por un momento, se planteó la posibilidad de comentar aquello con las chicas, pero lo descartó al instante. Sabía que Florita prefería las bodas sencillas, con lo que decidió ahorrarse comentarios que no le iban a gustar. La economista era su mejor amiga, pero tenían gustos diferentes; Lola se inclinaba por cosas originales y de calidad. Alicia y Sofi estaban más en su línea. Se movían en esos ambientes como pez en el agua, pero ¡estaban tan lejos! En cuanto a Lucas... «A ver qué cara pone este cuando nos empiecen a contar», pensó consciente de la desconexión de su chico de la esfera nupcial.

Efectivamente. En lo último en lo que estaba pensando Lucas en ese momento era en el hotel Chamonix. Iba de camino al ayuntamiento porque había quedado con Lucho. Su aspecto le relacionaba físicamente con su lugar de origen. Era el más pirenaico de todos. Lucía una barba corta cuidadosamente descuidada y su cabello tenía los tonos terrosos del vecino bosque de La Pinosa. También era el más independiente y el que tenía las ideas más claras. A los dieciocho, mientras Lucas y Fran hacían la maleta para irse a estudiar fuera, él decidió aparcar los libros. Ni le llamaba la atención ninguna carrera ni se le daba especialmente bien estudiar. A lo que no le tenía miedo era al trabajo. Por eso, comenzó a echar una mano en el mantenimiento de la estación. Era bueno con los mecanismos y se entendía bien con los ingenieros. Lo formaron y en pocos meses era una cotizada pieza en el específico mundo de la maquinaria de pistas. Un par de años después, Nica, el secretario municipal, se jubiló y Lucho asumió sus funciones de forma provisional. Varios años después, nadie había reclamado el puesto todavía. En un pueblo tan pequeño era complicado que surgiera competencia, por lo que se daba por hecho que la plaza era suya. Así que, entre el ayuntamiento y la estación, el chico estaba siempre metido

en harina; su economía lo agradecía y su vida personal tampoco le reclamaba tiempo para una pareja o niños.

Pero no era su proverbial alergia al matrimonio lo que le impedía alegrarse por el compromiso de sus amigos, y Lucas sabía el porqué.

—No esperes que te dé la enhorabuena —dijo Lucho a modo de saludo.

—Ya me imagino.

Ambos se miraron con el semblante serio. Los dos eran conscientes de que ese momento terminaría por llegar.

—¿Qué te han dicho Cosme y Fran?

Fran tenía el físico de un galán de serie y, sin embargo, estaba en Londres trabajando en el departamento de inversiones de un banco español. Era un talento para las finanzas. Cosme no era tan guapo, pero tenía el atractivo de los chicos malos, el punto canalla del pelo capeado y la barba de tres días que levantaba pasiones y bajaba faldas. No había nacido en el pueblo, pero sus padres sí; era hijo de Marce, la prima de Dori. Tras haber vivido en Suiza, en aquel momento residía en el norte de Italia, pero verano a verano regresaba a Santa Manuela y los chicos lo consideraban un amigo más.

—Fran tiene más ganas que yo de saber la fecha para reservar billete. ¡Me presiona más que Lola! A ver, entiendo que volar desde Londres puede ser complicado en algunas fechas.

—O caro más bien.

—O caro, sí. Bueno, di que se lo puede permitir, pero no me apetece que se gaste más de lo necesario en mi boda.

—¿Y Cosme?

—Supongo que seguirá en Milán. Anda ilocalizable. Seguiré insistiendo a ver...

Los dos chicos se quedaron en silencio mirando al suelo. Ambos sabían cuál era la siguiente pregunta. No cabían más retrasos. Había llegado el momento de abordar... *EL TEMA*. Fue Lucho quien lo puso directamente sobre la mesa.

—¿Sabe Lola que ya estás casado?